



CUANDO
LOS ÁRBOLES
Y LOS HOMBRES
SE ENCUENTRAN



**CUANDO
LOS ÁRBOLES
Y LOS HOMBRES
SE ENCUENTRAN**



Me llamo Gaia Luna y soy pastora de árboles. Tengo incontables años y conozco todos los árboles que hay en la Tierra. Soy amiga de unos cuantos de ellos, muchos más de los que un hombre alcanza a ver en toda su vida. Conozco también el alma de esos que se llaman hombres, porque cada alma de esas está unida a la del árbol que germina el día en que ese hombre nace. Los hombres no saben esto, pero no existe alguno que no lo presienta, hay unos cuantos que observan los árboles sin saber que eso que llaman ciencia es el resultado de la curiosidad de su propia alma en pos de una verdad que jamás acabarán de comprender.

*Muchos de esos árboles
eran amigos míos. Criaturas
que yo había conocido desde
que eran nueces y bellotas.*
Bárbol en El señor de los anillos. Las dos torres

La mayoría de la humanidad vive sin hacerse la pregunta: ¿qué pasaría si los árboles –si tan solo una familia de ellos– dejaran de existir? Tampoco importa mucho que lo hagan, porque nadie, ni siquiera yo, podría responder a esa pregunta ¿Quién puede calcular lo que se pierde cuando un hombre –cuando una familia completa de hombres– muere? Lo mismo pasa con los árboles: un pedazo del mundo desaparece con un dolor espantoso e incalculable, y sin embargo, el resto de la vida sigue como si nada hubiera pasado, tal vez esa sea la naturaleza de la vida.

No soy quién para saber estas cosas, yo solo sé que mi deber es guardar la historia de los árboles en mi memoria, tampoco sé para qué lo hago, tal vez alguien quiera saberlo todo algún día. Porque eso sí, de mis árboles puedo contar, uno por uno, todos sus días con todas sus noches. Ya dije que con ellos pasa lo mismo que con el alma de los hombres: no se puede decir que un día sea más importante que el otro, porque no sería posible florecer sin todo lo que pasa antes de eso, y eso, sin lo que pasa antes de ello, y así se podría seguir hacia atrás hasta llegar al día en que se fue semilla en la tierra. Qué sería del alma humana sin sus días tristes, qué sería de los días felices sin los días en que parece que no pasa nada; esta es una verdad que los hombres apenas pueden pronunciar cuando necesitan consuelo, pero que nunca viven realmente, mucho menos son capaces de comprenderla. Los árboles tampoco, solo yo puedo hacerlo, tal vez por eso existo.

Pero no estoy aquí para hablar de esas cosas que las palabras de los hombres no alcanzan a expresar. Estoy aquí porque, aunque nadie lo sabe –ni hay quien lo note siquiera–, algunas veces un árbol y su hombre se encuentran, entonces cosas extraordinarias pasan a los hombres y también a los árboles. Esta es la historia que cuenta algunas de esas cosas.





SIMÓN Y EL COMINO

(Aniba perutilis)

El pequeño Simón tenía apenas 8 años cuando vio por primera vez un guácharo, estaba a punto de acostarse en la hamaca de su abuelo, donde le gustaba quedarse dormido por las noches, cuando un animal volador, que parecía perdido, entró al rancho haciendo titilar las velas con su aleteo, su mamá empezó a hacer unas muecas horribles mientras gritaba que por favor sacaran ese mal agüero.

En un momento el animal –que revoloteaba en un gesto que a Simón se le antojó más de desespero que de amenaza– dejó caer una pequeña fruta verde muy parecida a un aguacate muy pequeño, Simón la recogió e inmediatamente fue a guardarla en la lata de curiosidades que escondía debajo de su catre. En esas estaba cuando el pajarraco pasó veloz a su lado, en busca de la ventana que por fin lo sacó de aquel infierno de insultos y palazos.



Al otro día Simón realizó su faena diaria más rápido que de costumbre, la mirada glotona que le dedicó el guácharo antes de escapar la noche anterior lo había dejado intrigado, estaba seguro de que la fruta verde era un tesoro para el animal, que seguro había sido reprendido por sus padres al llegar manivació a la cueva donde vivía. Simón quería saber a qué árbol pertenecía aquella fruta. Pasaron varios días antes de que se decidiera a caminar sin devolverse mientras no encontrara el árbol que buscaba. Se tuvo que adentrar mucho en el bosque, pero al fin, al atardecer, oyó un chillido parecido al que había escuchado en su casa aquella noche, lo siguió y se encontró con un comino gigante al que rodeaban cientos de pájaros en un escándalo que a Simón le pareció como la fiesta que él hacía cuando su mamá lo complacía con su comida favorita.

Desde ese día, Simón visitaba al árbol cada vez que podía. Era frondoso, alto y esbelto, pronto florecía de pequeños puntos amarillos y se llenaba de insectos, a los pocos días salían las frutas y volvía la algarabía sin tregua de todos esos pájaros que Simón apenas

conocía, parecían todos tan satisfechos con la comida, que Simón se antojó un día de probar una de aquellas frutas, la tuvo que escupir y aprendió al instante que los pájaros prefieren lo amargo, desde ese día –y hasta el último de su vida– estuvo convencido de que para volar era preciso tener una buena relación con la amargura.

Pasaron los años y Simón creció, se fue a vivir con la mujer de la que se enamoró y tuvo varios hijos. Un día, uno de ellos enfermó gravemente, era el menor de todos, había nacido tiempo después de que Simón pensó que ya no podía tener más hijos. El hombre desesperó al saber que necesitaba transportarlo hasta un lugar lejano, ninguna de sus balsas aguantaría tanto antes de despedazarse. Entonces Simón fue a visitar su árbol, que en esos momentos siempre le daba buenas ideas, se recostó solo un momento y cuando cerró los ojos cayó dormido. Soñó que su comino le hablaba con el idioma del viento en sus hojas y le decía que para salvar a su hijo debería cortar a uno de los suyos y con la madera de éste reparar las vías del tren que la intemperie había destrozado hacía mucho tiempo.

Simón no quería, pero al ver que su hijo empeoraba decidió hacer lo que el árbol le había dicho. Al cortar el primer pedazo sintió como su corazón se estremecía, pero el olor de aquella madera lo reconfortó. Con el tronco hizo las vigas, con las ramas, la hoguera que lo calentó mientras trabajaba, al final le pareció que no debería desperdiciar nada para honrar el sacrificio de su amigo, así que sacó la raíz y comenzó a cepillarla, en ella aparecieron unas vetas que parecían de oro.

Simón pudo salvar a su hijo, desde ese día los hombres aprovecharon aquella incorruptible madera, hicieron casas y puentes y ferrocarriles y palacios y templos donde poder agradecer por su hermosura. Simón murió de viejo, fue enterrado junto a su árbol, rodeado del bosque que él y su hijo menor cuidaban para todos. Nunca supo que sus hermanos no fueron tan generosos, ninguno de ellos se había encontrado jamás con su árbol; buscando hacerse ricos, queriendo la belleza del comino solo para sí, acabaron con todos los árboles que se encontraban a su paso. A veces el guácharo se pregunta si hubiera sido mejor no entrar aquella noche en esa casa.



A detailed botanical illustration of Brunellia boqueronensis. The background is a warm, textured orange-red. On the left, a vertical glass vial contains a pressed plant specimen. In the center, a large green leaf is mounted on a pinkish paper card with white tape. To its right, a smaller card shows the root system. Above these, a large, multi-petaled flower with a green center is shown. In the upper right, a hand is depicted holding a dark, circular seed or fruit. The overall style is artistic and scientific, with fine lines and soft colors.

LAURA Y EL CEDRILLO

(Brunellia boqueronensis)

Lo que no saben los hombres es el tamaño de aquello que desconocen, por momentos algunos de ellos se percatan de la abrumadora realidad y entonces emprenden expediciones botánicas, y aunque cada vez le ponen un nombre diferente, todas están buscando lo mismo: reconocer el territorio definido por las especies que lo habitan. El ánimo parece ser científico, pero como ya dije al comienzo, en el fondo es una manera de encontrarse menos solos, sin embargo, cada vez que se aventuran, lo que encuentran es su propia brevedad. Y no es que esto le siente mal a la especie que cree que todo lo sabe y lo domina, los botánicos están más cerca de entender la verdadera dimensión de la vida que la mayoría de las personas.

Solo en este pedazo de tierra del que estoy hablando, hay más especies desconocidas que conocidas, y ni siquiera este es el verbo que se utiliza, hacen bien los hombres en decir, cuando estudian una especie, que la describen, porque hablar de conocer sería pretencioso. Imagínense lo que se necesita para llegar a conocer un árbol, verdad que sería demasiado de lo que los hombres llaman "recursos" y por ahora no somos tan importantes. Tampoco hay por qué culparlos, es de entender que si a la tierra hay que revolcarle las entrañas para sacar el metal precioso que sustenta la forma social de vida, será prioritaria la minería sobre la botánica.

Entonces los hombres y los árboles se conocen poco, y esta falta de sincronía ha hecho que a veces alguno de los dos –o el hombre o el árbol– tenga que esperar un poco antes de nacer. La madre de este árbol aún era semilla cuando apenas algún hombre supo que existían. Entonces supo que tendría que esperar y se contuvo, mejor dejó que la niña a la que le pertenecía creciera y de pronto llegó a sus manos hecho una semilla.

Desde que Laura supo que vendrían, se propuso como misión hacer que estos árboles crecieran, era tan poco lo que sabían de ellos que la curiosidad la hacía levantarse temprano todos los días, iba hasta a la estación donde tenían los laboratorios y viveros, hacía sus demás tareas y dejaba para lo último ir a mirar cómo avanzaban las semillas de la nueva *brunellia*, la habían puesto *boqueronensis* porque la primera vez que la vieron fue en la vereda Boquerón, pero todos le decían así: la nueva *brunellia*, como si no supieran que seguro era de la misma edad que el planeta.

Tuvo que tener mucha paciencia. Cuando por fin germinó era un pedacito de plántula que apenas sobresalía y así se quedó por mucho tiempo. Laura pensó que su *brunellia* estaba enferma, o que no iba a poder crecer y sintió mucha pena, tenía tantas ganas de saber cómo era; pero después pensaba que quizá esa planta fuera como ella, que casi no deja de ser pequeña. Sin embargo, después de varios meses, creció lo suficiente para ser trasplantada. En el campo donde la sembraron, con los demás árboles que Laura estudiaba, la *brunellia* dejó de ser plántula para convertirse rápido en un pequeño árbol.

Laura era cada día más consciente de lo bien que le hacía el encuentro diario con ese cedrillo, y al cabo de los años supo con certeza que solo con ver un árbol -verlo de verdad- los hombres podrían encontrar la paz que tanto anhelaban, porque ahora entendía que los árboles son los maestros de las lecciones más elementales para comprender el sentido de la vida.



Deteniéndose cada mañana un minuto junto a su árbol, Laura había aprendido de verdad a experimentar esas cosas simples que son difíciles de nombrar sin que suenen cursis, precisamente por lo simples que son. Cada mañana y a simple vista, el cedrillo le había enseñado que hay un momento para cada cosa, que lo que existe se llama ritmo y que el secreto de la felicidad está en fluir con él, que cada día es importante, que cada ser que se te acerca -incluso el que parece un saqueador- te ayuda a cumplir tu plan, que para contener la vida hay que agarrarse bien de la tierra y luego abrir los brazos. Y que al final, todo pasa.



EL HOMBRE Y EL CEDRO NEGRO

(Juglans neotropica)

Si los árboles tuvieran esa cosa que se llama personalidad, podríamos decir que este es uno de los más "sensibles" –si no el que más–, algunos pensarían que es hasta remilgado. No necesita mucho para germinar, solo hay que darle tiempo, pero luego, antes de ser árbol, se pasa meses buscando la tierra más fértil, ni muy seca, ni muy húmeda, y eso sí, bien nutrida y balanceada. En vista de cómo están las cosas en el mundo, si fuera hombre en vez de árbol, más de uno lo llamaría caprichoso. Por todo esto su supervivencia cada vez se hace más difícil y de su especie quedan muy pocos.

Sin embargo, quien lo conoce de verdad, sabe que es un árbol noble y, este en particular, muy sofisticado, una palabra a la que se le deben quitar los prejuicios, porque ser sofisticado se trata de tener una profunda noción de la belleza y de lo que se puede hacer con ella. Este árbol lo sabe, por eso es esbelto, majestuoso, y a la vez, comprometido con su propósito. Cuidadoso de sus deberes, se despoja tranquilo de todas sus hojas para florecer cumplidamente con las últimas lluvias del año y luego saca unos frutos grandes y sabrosos que son la delicia de todos los roedores.

La otra opción sería hacer un esfuerzo por adaptarse, y no es que no se pueda, algunos otros lo hacen y se someten a la inundación de sus suelos, sacrificando el tamaño de sus nueces, pero él prefiere no hacerlo y engendra semillas con la misma tendencia. Hay cosas que un ser vivo no debe negociar, hace parte de la dignidad de la vida. El árbol recuerda cuando sus ancestros eran venerados por los pueblos más antiguos de estas tierras porque aquellos hombres sabían apreciar esa combinación entre belleza, voluntad y utilidad, de un árbol que crece corpulento antes de abrir una frondosa copa, que da una madera fina y veteada, tan hermosa a todos los sentidos.



El nogal es claro en que ya ha evolucionado suficiente para que nada en él sea desperdicio, ni para la naturaleza, ni para los hombres y por eso ellos siempre fueron sus amigos. Si por su ceguera religiosa un día casi los exterminan como objeto de veneración pagana –y ahora por haber sido explotados sin piedad– tendrá el hombre que descubrir la manera de protegerlo, si cree que vale la pena. Pero el hombre no puede pretender que este árbol responda a esa manera en que decidió vivir la vida, donde todo es liviano, veloz, estandarizado en lo bello y sobretodo, rentable.

Deberían los hombres aprender de este árbol la valentía de hacerse a sí mismos para gustarse lo suficiente y, entonces, tener todo qué dar. Sin excepciones, porque sin excepciones ha sido la hechura, no es cuestión ahora de que le quiten lo vivido, incluido el desengaño de saberse tan merecedor de adoración y después despojado, violentamente y al desamparo de sus propias ramas, de su bien máspreciado: su hombre.

Se habían conocido hace mucho tiempo, muchos años aquel hombre durmió la siesta a su sombra y fue el primero en disputarse con las ardillas las ricas nueces. Tenía una esposa y dos hijos, todo esto lo sabía el árbol porque el hombre venía y se lo contaba en pensamientos.



Un día el árbol vio pasar corriendo a su dueño, iba con su familia y con el rabillo del ojo alcanzó a dedicarle una despedida. Después de unos años regresó, era tiempo de cosecha y ambos se alegraron de poder celebrar así el reencuentro, sin embargo el árbol supo que el hombre no era el mismo, había envejecido y su corazón estaba siempre entristecido. Aquel atardecer había llegado preocupado, tal vez un poco más que los otros días, se quedó mucho tiempo a su lado y el cedro sospechó que no tenía intenciones de irse nunca más. A media noche unas luces se acercaron, el hombre suspiró y decidió no moverse, los desconocidos le gritaron al encontrarlo, después lo torturaron, y el árbol, que árbol era, nada pudo hacer para salvarlo, ni siquiera en sus raíces arroparlo, porque ni su cuerpo le dejaron.

Ahora estará en el río donde todos se llaman nadie, o en una tumba anónima donde quienes le rezan le pondrán uno que no es el suyo, por eso no vale la pena ni siquiera mencionar su nombre.



MIRTA Y EL CAUNCE

(Godoya antioquensis)

Nada más solitario que un árbol que se da cuenta de que es el único que queda, eso le pasaba a éste y le causaba tanta tristeza que los pétalos de sus flores amarillas caían como lágrimas con solo tocarlas.

Hacia tiempo los hombres habían usado la madera de los caunces para hacer con ella sus herramientas, y nada hacía más feliz a los árboles que saberse útiles, crecían con alegría esperando el momento de convertirse en un objeto valioso, porque así como la soledad de un árbol es única, lo es también la creatividad del hombre que siempre asombra al mundo. Las cosas que puede hacer con sus manos y su inteligencia son celebradas en la misma proporción que se desata la tristeza cuando su ambición lo supera y se desboca como un animal descarriado. Él cree que es al contrario, pero en esos momentos, es cuando pierde la razón.

Este árbol pasó de crecer orgulloso, regalando siempre sus estupendas flores, a empequeñecerse por dentro mientras veía que a su alrededor ya no había nadie más que él, hasta las abejas tragaban saliva apenas se lo encontraban. Por eso no dejaba de florecer aunque le diera tristeza, esperaba atraer la atención de los hombres que pasaban cerca, dejaba que el viento se colara entre sus hojas e hiciera ese sonido que tanto les gusta, con la esperanza de que lo vieran y se sorprendieran de haberlo visto tanto antes y ya no verlo más. Pero lo único que consiguió es que volvieran a pronunciar su nombre, que se lo llevaran en los labios y a la mañana siguiente se lo pusieran a lo primero que les trajera la suerte. Su nombre lo llevan fincas y mascotas, caminos y edificios, ríos y seguro que hasta algún pueblo, pero eso no servía para que se acordaran de que si no hacían algo pronto algún día se lo llevaría la muerte.



Un día nublado, en que el árbol se sentía sin esperanza, vio acercarse a una muchacha, venía sola, como buscando algo que se le había perdido, cuando vio al árbol se detuvo en seco, al cauce le pareció vagamente familiar cuando ella se acercó para tocarlo, se dio cuenta de que era igual a la pequeña Mirta y que de pronto le decía:



"Mi abuela me envió hasta aquí, sus hijos le han regalado una casa más o menos cerca, nos hizo ponerle un portón en la entrada que tuviera tu nombre, porque así se debería llamar el lugar que le permitiría regresar al campo. "El Cauce", dice en letras muy grandes que ella misma ha dibujado. Sin embargo, yo sabía que algo la seguía entristeciendo, era simple, la abuela no podía concebir aquella finca sin un solo árbol que honrara su nombre. Sin decirle nada, me puse a buscar por todas partes quien me vendiera un árbol de cauce, así me di cuenta de que hace mucho tiempo que ni siquiera se ven, solo los viejos recuerdan sus flores amarillas, pero nadie sabía dónde encontrarlo. Volví donde la abuela a darle esta mala noticia, ella se quedó callada un rato, después me dijo que sabía dónde encontrarte, que eres su mejor amigo desde que apenas eras un arbolito".



Así, el árbol se dio cuenta de que muy lejos de aquí había unos cuantos más de su familia, trajeron frutos y Mirta tuvo que ensayar mucho para que germinaran, fue muy difícil encontrar el suelo que les gusta cuando son semilla. Ahora el árbol de Mirta tiene un par de cauces jóvenes a su lado y sabe que un poco más allá está ella, en su finca amarilla, como le dicen ahora a su casa.

The illustration depicts a mountainous landscape. At the top, a large blue bird with a red beak and purple chest flies across a blue sky with white clouds. Below the bird, a mountain slope is covered with a dense cluster of small, simple houses, representing a village. In the foreground, a large, dark brown ant colony is marching across the ground. A wooden signpost in the lower-left corner reads "SAN LUIS GONZAGA".

RENATA Y EL YARUMO PLATEADO

(Cecropia telenitidia)

El pueblo donde vivía Renata era frío y quedaba en la falda de una montaña, tan empinada y grande, que hasta las catingas que por allí pasaban volando se asustaban al ver lo que parecía una pared incrustada de casitas, con unas calles de piedra que en vez de discurrir, se alzaban como lomas insalvables. Aún así, Renata prefería tener que escalar el pueblo todos los días con el agua al hombro a tener que quedarse en la casona donde vivía y por la que corría sin piedad un viento que le entumecía hasta los huesos.

A black and white line drawing of a family. A man in a suit and hat carries a child on his shoulders. A woman stands next to him, and they are both holding suitcases. They appear to be preparing for a journey or have just arrived.

Un día, sin saber cómo ni por qué, San Luis Gonzaga –que así se llamaba aquel poblado– amaneció invadido por una plaga de hormigas bravas, aquello parecía el fin del mundo adelantado. Un manto negro comenzó a subir la montaña por allá por las casonas de más abajo y al instante sus dueños tuvieron que desocuparle a las nuevas habitantes. La plaga subía lento, comiendo de todo lo que encontraba a su paso; nadie de los que estuvo cerca había ensayado, pero era muy probable que no le pusieran reparo a una buena pierna humana. Así que se armó un alboroto y los gobernantes tuvieron que recibir en sus despachos a los pobres desplazados, cargando niños y bebés en sus brazos.

Alguien dijo que por allá lejos en la selva, a ese normal pasar de hormigas se le conocía como La Ronda, pero como aquí hace mucho tiempo esto, a lo sumo, estaba rodeado de monte, las hormigas eran más un problema que una solución para deshacerse de los despojos; que aquí ya eran civilizados y para eso se habían inventado los mataderos y los cementerios. Lo único bueno de saber de aquel fenómeno era que al parecer no perduraba, seguramente las hormigas se habían perdido y en su caminar sin rumbo habían llegado hasta aquí, igual pasarían de largo apenas hubieran acabado de repasar el pueblo con su voraz hambre.

Pasaron las horas y un par de días, cada vez estaban todos más arrinconados; a la casa de Renata, que quedaba arriba de la loma, habían llegado muchos a resguardarse. Su mamá les preparaba aguapanela, fue muy raro verlos a todos al fin tan animados, conversando de los hijos, los sembrados y los climas cuando el tema de las hormigas se les había acabado. La alegría se les pasó de un tajo cuando de pronto vieron que las hormigas –ya cansadas de tanta calle empinada– dejaban de subir por las calles y se paraban; no hubo quien las hiciera subir más o devolverse, se quedaron estancadas ahí, en el escalón de montaña que era ese pueblo.

Renata, entonces, salió corriendo asustada, no podía creer que se fuera a quedar sin esas lomas –que a veces tanto odiaba– y todo por culpa de unas hormigas inescrupulosas que vivían no más que de la carroña. Al cabo de un rato de correr se



encontró con aquel árbol, uno de copa plateada que a ella siempre había gustado, con esas hojas con forma de manos gigantes y que nadie quería por su inútil madera. Era un yarumo, solo quedaba uno, y eso porque ella se había inventado una historia de espantos que hasta los mayores se habían creído, les había dicho a todos que el árbol estaba embrujado y que la prueba de eso era que los pájaros que siempre lo rodeaban, un día la habían perseguido para atacarla.

Renata lloró frente al árbol porque las hormigas se habían robado su pueblo y, para su sorpresa, él empezó a llorar con ella, sus lágrimas eran dulces y pegajosas. De un momento a otro, Renata escuchó un susurro que venía del pueblo y de pronto apreció ante ella una fila de aquellas hormigas bravas, sorprendida, se apartó del árbol por el que al parecer venían, Renata temió que también a él se lo comieran, pero su corazón dio un brinco cuando se dio cuenta de que las hormigas venían por las dulces lágrimas y que, poco a poco, en el tronco hueco de aquel árbol anidaban.

Así fue como la gente del pueblo se salvó de ser desterrada, desde ese momento sembraron muchos yarumos que lo rodearan, supuestamente previniendo un nuevo ataque, pero en el fondo agradecidos de la buena suerte de tener aquellos árboles. Renata no le contó a nadie que antes de eso el yarumo no lloraba dulce, porque le pareció que estar asustando a la gente era lo que había ocasionado la desgracia. Sin embargo, ayudó a la siembra de más de esos árboles amigos de las hormigas y de los perezosos, al final fueron tantos que al poco tiempo al pueblo le comenzaron a llamar Yarumal.



DON ROBERTO Y EL CÁMBULO

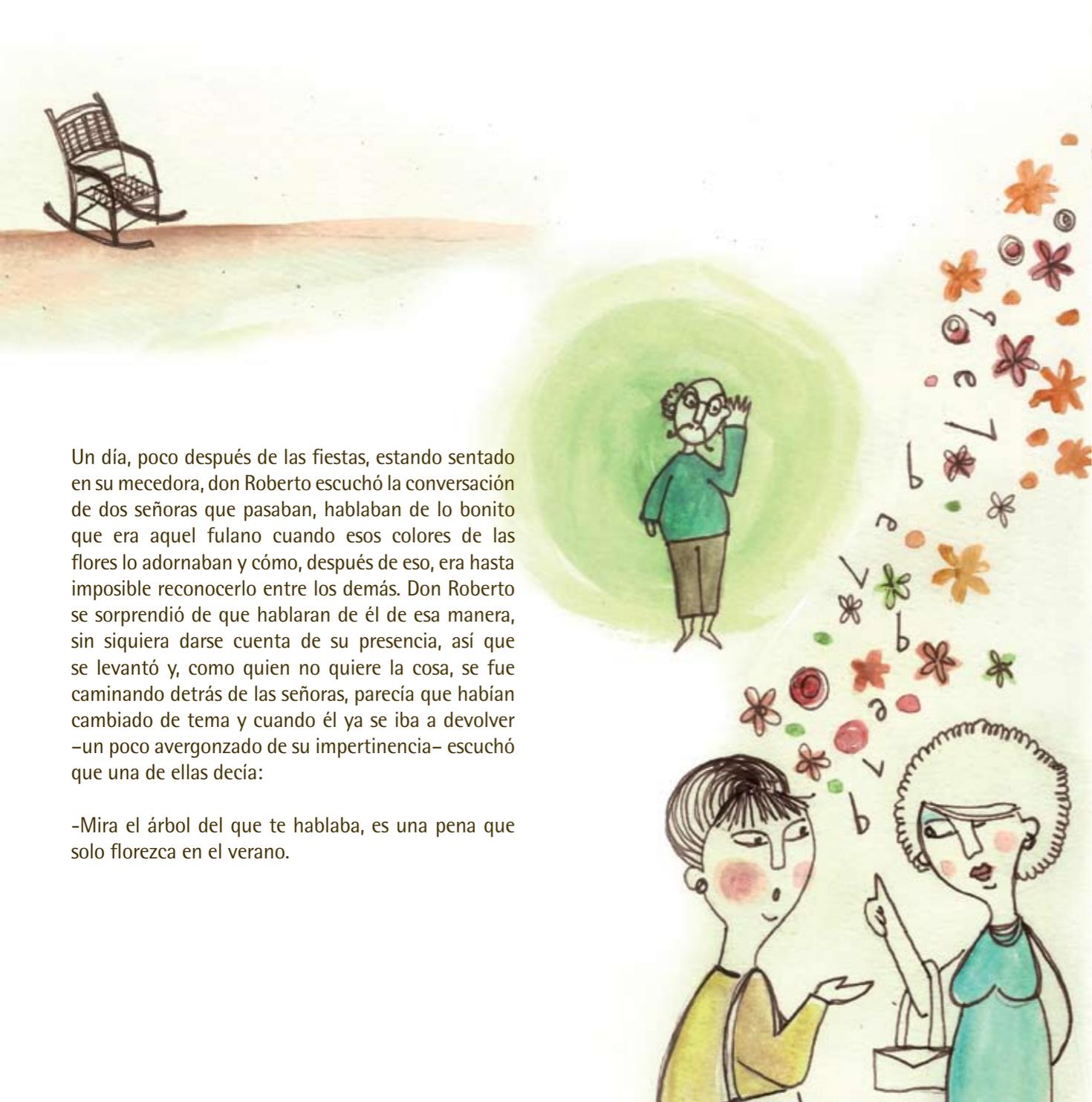
(Erythrina poeppigiana)

Esta es la historia más difícil de contar, porque si uno la mira bien, en ella no parece haber nada extraordinario, nada más que el encuentro entre un hombre y su árbol, lo cual no tiene nada de asombroso para los que sabemos que esto es posible, entonces, lo extraordinario será, que a pesar de lo contundente de los hechos, aquello haya sido, al final, tan silencioso.

Don Roberto era ya un hombre mayor, aunque nunca había perdido del todo el acento de las gentes que viven a orillas del mar, llevaba tanto viviendo en este pueblo que nadie dudaba de que fuera de aquí. La mayoría del tiempo pasaba desapercibido, era una persona de lo más común, ni demasiado bonita, ni demasiado fea, no era tonto, pero nunca había ido a la escuela, así que su inteligencia era más bien intuitiva y tenía más que ver con la edad que con la capacidad intelectual con la que había nacido. Quien superaba el primer impulso de clasificarlo como corriente, y se acercaba a él, se daba cuenta de que era amable, en el sentido literal de la palabra.



Sin embargo, había unos días al año, cuando llegaba la cosecha, que todo el pueblo se hacía fiesta, entonces don Roberto se despojaba de sus ropas grises y se vestía de colores para acompañar el carnaval. Y ahí sí que dejaba de ser cualquiera, porque cuando tocaba el clarinete la gente no podía dejar de escucharlo, era sentirlo tocar y ponerse a bailar, era como si algo lo iluminara desde adentro y pareciera el hombre más feliz de la tierra, era como si don Roberto, de pronto, floreciera. Entonces todos lo admiraban y a todos les parecía bello y no entendían cómo era que antes no lo habían notado. Sin embargo, cada año al terminar las fiestas, la gente se olvidaba de él y aunque estuviera ahí y siguiera siendo el bondadoso don Roberto, ya a nadie le parecía maravilloso. No era que él no lo supiera, era sólo que no le importaba, se sentía bien siendo él mismo, aunque a veces le hacía falta quién lo comprendiera.



Un día, poco después de las fiestas, estando sentado en su mecedora, don Roberto escuchó la conversación de dos señoras que pasaban, hablaban de lo bonito que era aquel fulano cuando esos colores de las flores lo adornaban y cómo, después de eso, era hasta imposible reconocerlo entre los demás. Don Roberto se sorprendió de que hablaran de él de esa manera, sin siquiera darse cuenta de su presencia, así que se levantó y, como quien no quiere la cosa, se fue caminando detrás de las señoras, parecía que habían cambiado de tema y cuando él ya se iba a devolver –un poco avergonzado de su impertinencia– escuchó que una de ellas decía:

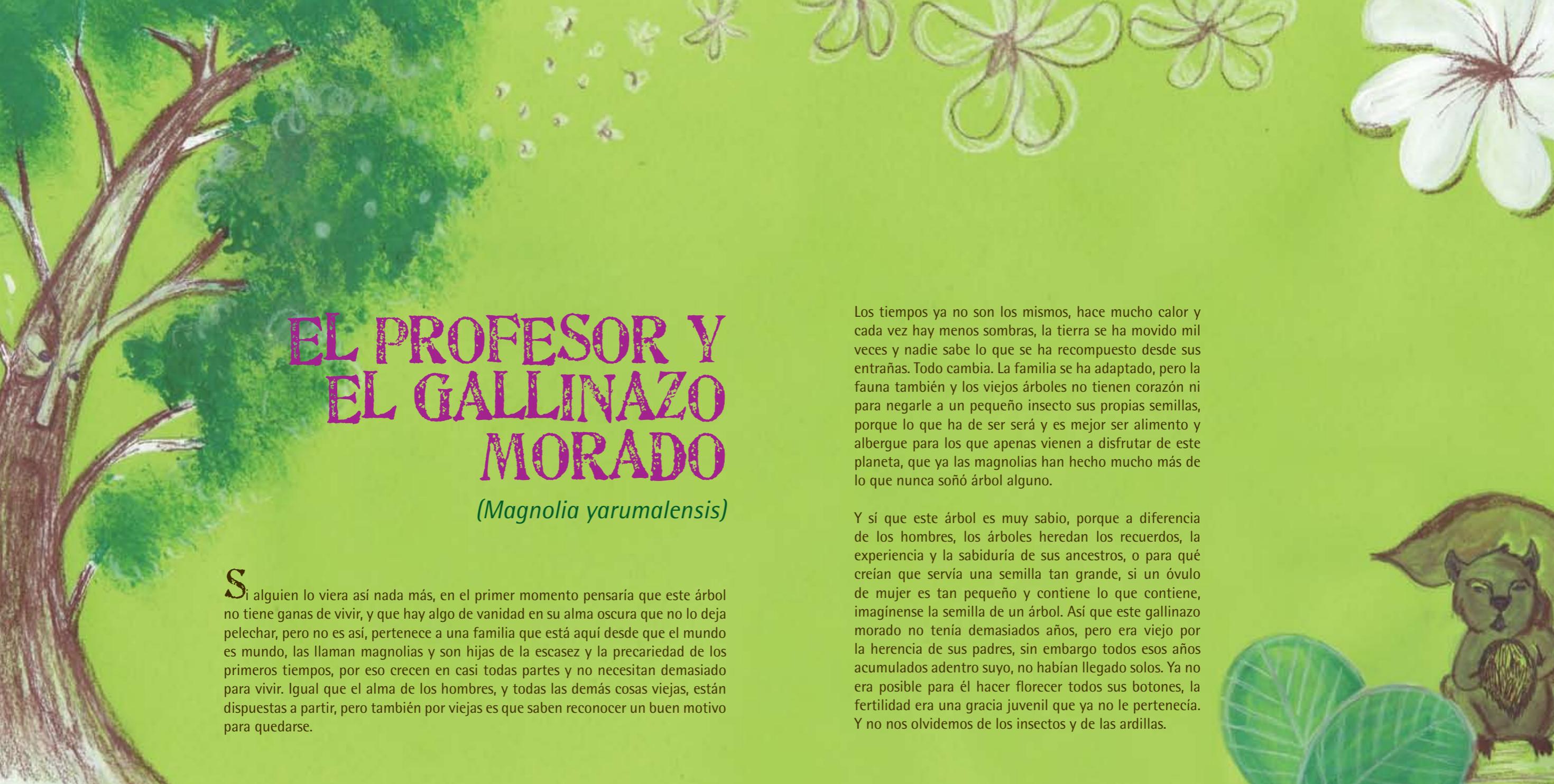
–Mira el árbol del que te hablaba, es una pena que solo florezca en el verano.



Don Roberto miró hacia donde la señora señalaba, esperó a que se alejaran y se acercó al árbol. Ya lo había visto antes, no era que no lo conociera, era un cámbulo alto y de copa grande que cada año, por las fiestas, se llenaba de flores naranjas, en el pueblo había otros como él y todo el mundo hablaba de eso cuando sucedía.

Don Roberto se percató de lo mucho que se parecía a él y de que nunca lo había notado, así que se acercó y, a medida que lo hacía, se dio cuenta de que este no era un árbol como los demás. El corazón le latía más y más fuerte, sintió como si hubiera corrido una maratón toda su vida para llegar hasta esta meta, solo fue ver ese árbol y respirar aliviado, con un "por fin" gritando en su cabeza.

Entonces don Roberto estiró la mano para tocarlo y cuando su mano de viejo rozó la corteza del árbol, el cámbulo ya sabía que era su alma gemela y no pudo hacer nada más que palidecer. Desde ese día las flores de ese árbol son amarillas y a don Roberto se le suben los colores al rostro ahora que ve a un señor de la capital que mira aquellas flores, confundido, sin poder explicar por qué un cámbulo da flores amarillas en vez de naranjas.



EL PROFESOR Y EL GALLINAZO MORADO

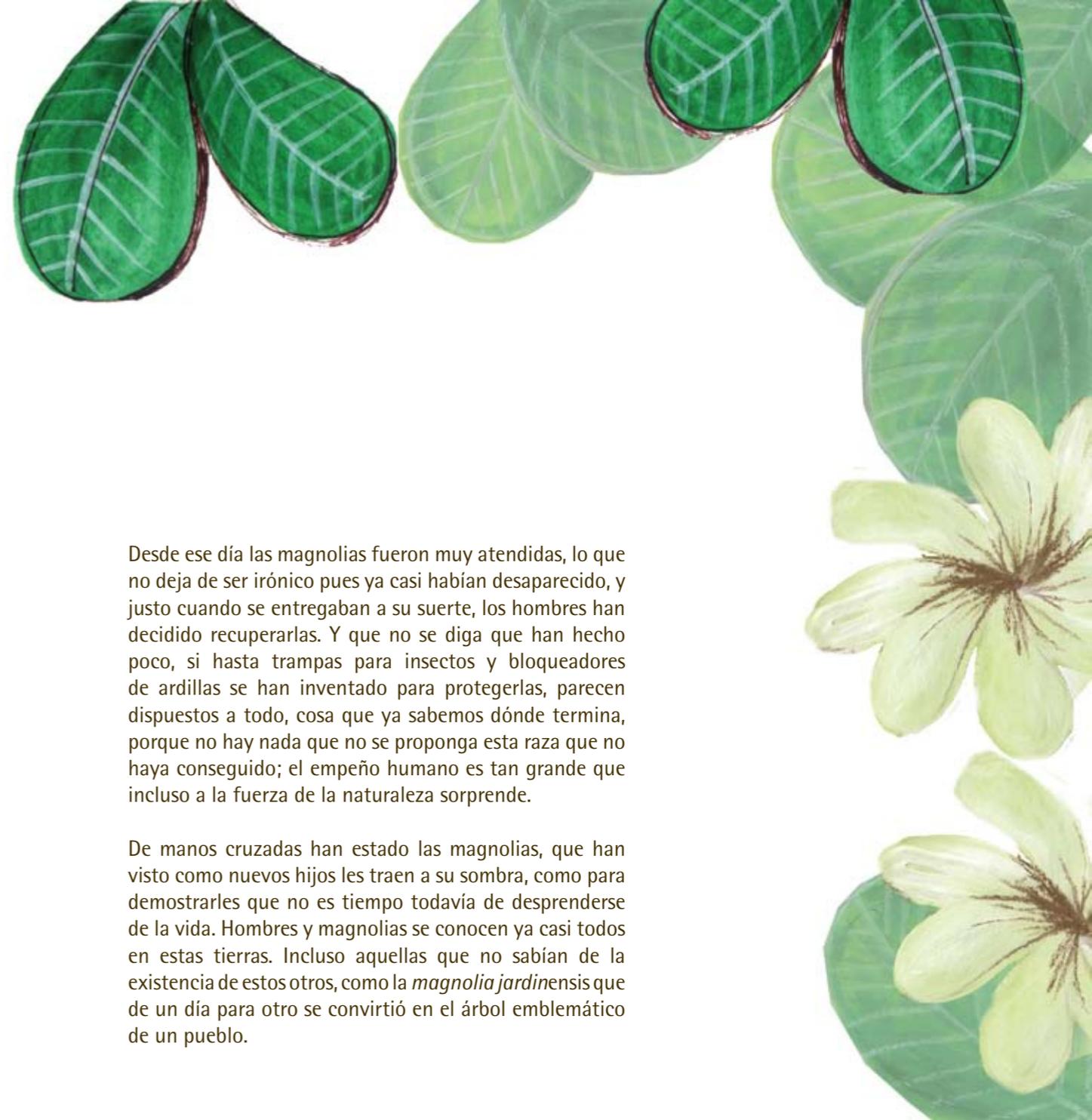
(Magnolia yarumalensis)

Si alguien lo viera así nada más, en el primer momento pensaría que este árbol no tiene ganas de vivir, y que hay algo de vanidad en su alma oscura que no lo deja pelear, pero no es así, pertenece a una familia que está aquí desde que el mundo es mundo, las llaman magnolias y son hijas de la escasez y la precariedad de los primeros tiempos, por eso crecen en casi todas partes y no necesitan demasiado para vivir. Igual que el alma de los hombres, y todas las demás cosas viejas, están dispuestas a partir, pero también por viejas es que saben reconocer un buen motivo para quedarse.

Los tiempos ya no son los mismos, hace mucho calor y cada vez hay menos sombras, la tierra se ha movido mil veces y nadie sabe lo que se ha recompuesto desde sus entrañas. Todo cambia. La familia se ha adaptado, pero la fauna también y los viejos árboles no tienen corazón ni para negarle a un pequeño insecto sus propias semillas, porque lo que ha de ser será y es mejor ser alimento y albergue para los que apenas vienen a disfrutar de este planeta, que ya las magnolias han hecho mucho más de lo que nunca soñó árbol alguno.

Y sí que este árbol es muy sabio, porque a diferencia de los hombres, los árboles heredan los recuerdos, la experiencia y la sabiduría de sus ancestros, o para qué creían que servía una semilla tan grande, si un óvulo de mujer es tan pequeño y contiene lo que contiene, imagínense la semilla de un árbol. Así que este gallinazo morado no tenía demasiados años, pero era viejo por la herencia de sus padres, sin embargo todos esos años acumulados adentro suyo, no habían llegado solos. Ya no era posible para él hacer florecer todos sus botones, la fertilidad era una gracia juvenil que ya no le pertenecía. Y no nos olvidemos de los insectos y de las ardillas.

Así que pocos eran sus frutos y muchas menos sus semillas fecundas. Hasta que un día llegó por aquí un señor de sombrero al que todos llamaban profesor, venía con un corrillo de personas alrededor y con unas maletas llenas de instrumentos. Nadie lo sabe con certeza, pero de seguro que los hombres le pusieron a este árbol ese nombre de gallinazo por sus maneras tan coquetas, con esas hojas grandes y lustrosas de un verde tan provocador y aquellas flores color crema que parecen decir a toda hora "tuyo es todo lo que ves". Así que el profesor se quedó prendado de este árbol, que igual que él, había pensado que ya no tenía edad para estas cosas, pero no fue sino verse y reconocerse para que les dieran ganas de estar juntos solo un poco más, que es a lo que tienen derecho los que ya lo han vivido casi todo.



Desde ese día las magnolias fueron muy atendidas, lo que no deja de ser irónico pues ya casi habían desaparecido, y justo cuando se entregaban a su suerte, los hombres han decidido recuperarlas. Y que no se diga que han hecho poco, si hasta trampas para insectos y bloqueadores de ardillas se han inventado para protegerlas, parecen dispuestos a todo, cosa que ya sabemos dónde termina, porque no hay nada que no se proponga esta raza que no haya conseguido; el empeño humano es tan grande que incluso a la fuerza de la naturaleza sorprende.

De manos cruzadas han estado las magnolias, que han visto como nuevos hijos les traen a su sombra, como para demostrarles que no es tiempo todavía de desprenderse de la vida. Hombres y magnolias se conocen ya casi todos en estas tierras. Incluso aquellas que no sabían de la existencia de estos otros, como la *magnolia jardinensis* que de un día para otro se convirtió en el árbol emblemático de un pueblo.

The background is a dark, textured brown. On the left, a tree with a grey trunk and green foliage has a human-like face with eyes and a mouth carved into its trunk. On the right, a person with a backpack is walking on a light-colored, rounded hill. A large, glowing yellow sun or moon is in the sky behind the hill. The title 'CARLOS ANDRÉS Y EL PATEGALLINA' is written in a bold, yellow, distressed font at the top left. Below it, the subtitle '(Schefflera morotatoni)' is in a smaller, white, italicized font.

CARLOS ANDRÉS Y EL PATEGALLINA

(Schefflera morotatoni)

La mayoría de los hombres no se acercan nunca a comprender la complejidad de su propia vida. Los árboles por lo menos tienen raíces, también copa y dentro de ellos mismos habita el ritmo de la vida y la muerte. Los hombres viven sin preguntarse por qué viven, entonces por qué habrían de saber la razón para cuando mueren. Cómo hablarles de la muerte de su hermano, si aún no acaban de entender que para dar frutos, primero algo tiene que morir en el árbol. Tal vez no haya manera de contar esta historia sin ofender el dolor que produce la ausencia, cómo explicarle a la tristeza que hay mucho menos que lamentar que aquello en lo que ella se empeña. Nadie me creería si dijera que esta es una historia feliz aunque al final alguien muera.

Este pategallina andaba triste por aquellos días, no lo aliviaba ni siquiera mecer al viento toda su esbeltez y altura, no lo quería admitir, pero se sentía solo. Era casi un pecado amar así a los hombres, qué capricho incomprensible era aquel que lo llevaba a desearlos. No hubiera sabido ser otra cosa que árbol, pero le gustaba cuando alguna persona pasaba a su lado y lo rosaba, había algo tan poderoso en sus maneras, algo tan luminoso en su mirada, si ellos pudieran ver lo que el árbol veía en su almas, jamás podrían hacerse daño.

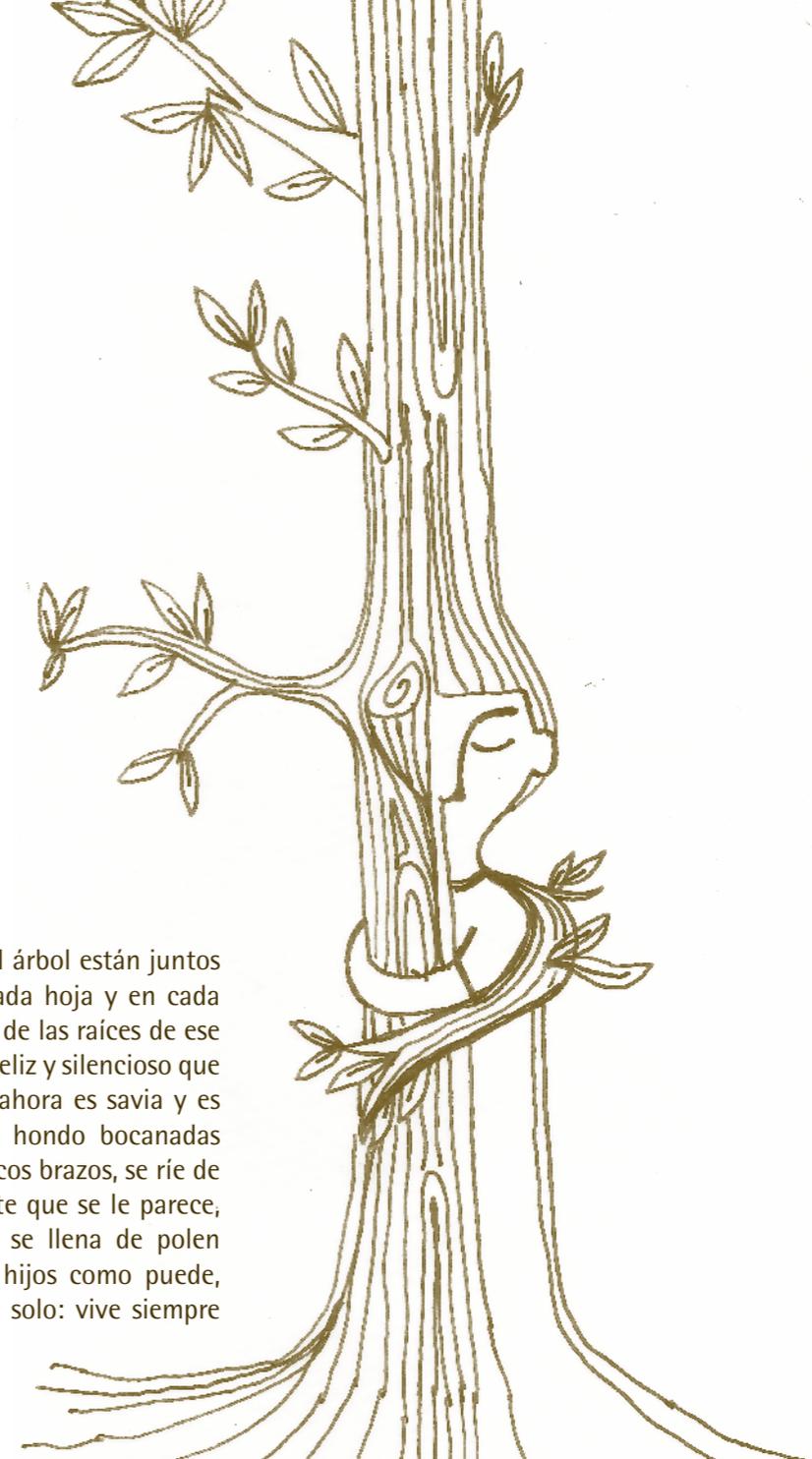
Estaba el árbol consolándose de aquellos pensamientos cuando a lo lejos vio que alguien se acercaba. Era un muchacho de botas pantaneras, traía una mochila grande y caminaba tratando de parecer seguro en esta tierra irregular. Cuando por fin lo tuvo a sus raíces se dio cuenta de que era ese muchacho su persona en la tierra. Los árboles saben estas cosas de inmediato, no son como los hombres que se tardan tanto en darse cuenta de que están enamorados, pasa el tiempo mientras buscan excusas para estarlo y mientras tanto se abre entre ellos el abismo que ya nadie puede salvar cuando se percatan, así, dos que deberían probar a ser uno, se pierden con el mismo derroche con que viven el resto de su vida: desperdician el amor como desperdician la tierra, la naturaleza y la energía.



Carlos Andrés se llamaba quien desde ese mismo día comenzó a visitar el árbol, era una delicia sentirlo acariciando su corteza mientras le conversaba. Le decía que era tímido, pero que con él era otra cosa. Cuando lo escalaba le hacía cosquillas en el alma, le pedía permiso cada vez que le arrancaba alguna hoja o pedacito de rama. A veces tardaba más en regresar y el árbol desesperaba, pero después volvía y no paraba de sonreír mientras sus frutos recolectaba. Una vez vino solo a contarle que había estado triste y esa noche el árbol se metió en sus sueños para consolarle. Hablaron horas hasta que Carlos Andrés se durmió entre sus ramas. Hubiera deseado poder quedarse así toda la vida pero ya era hora de despertarse.

Entonces volvió un día para despedirse por un tiempo, el árbol se estremeció cuando lo abrazaron, era como si ninguno de los dos lo hubiera simplemente soñado, el árbol sabía que Carlos Andrés sufría sintiendo aquello tan descabellado, vio cómo lo miraba y le pedía que no lo olvidara. Pasaron varios días en el que el árbol estaba paralizado y hasta su amigo el viento se había asustado de verlo perder las hojas y las flores y los frutos, solo sabían que estaba vivo porque cuando llovía, parecía que estuviera llorando.

Así que el árbol una noche volvió a visitarlo, Carlos Andrés le contó sobre sus amigas las magnolias y él sobre la vida que se lleva adentro cuando se es un árbol. Al final, el muchacho volvió a decirle que él también quería ser árbol. Entonces hablaron seriamente de lo que significaría dejar de ser humano, de aquello que no viviría, de los amigos que perdería, y sí, también hablaron de esta tristeza que causaría.



Ahora Carlos Andrés y el árbol están juntos y en cada fruto y en cada hoja y en cada flor y en la profundidad de las raíces de ese árbol vive el muchacho feliz y silencioso que siempre fue. Su sangre ahora es savia y es eterna su alma, respira hondo bocanadas de aire con sus gigantescos brazos, se ríe de su nuevo nombre, admite que se le parece, se mece con el viento, se llena de polen cada año, tiene tantos hijos como puede, jamás se volvió a sentir solo: vive siempre enamorado.



CANDELARIA Y EL TRONADOR

(Hura crepitans)

Candelaria nació en tierra caliente y desde que estaba en el vientre de su mamá era tan temperamental como el árbol que germinó el día de su nacimiento. Despertaba a sus padres en las madrugadas a punta de patadas en la barriga, y desde el día en que la miró a los ojos, su madre supo que ese fuego con el que brillaban la iba a hacer desdichada: habría que ser muy testaruda para nacer con espíritu libre en un cuerpo de esclava negra. Por eso agradeció que Candelaria hubiera nacido antes de que su dueño se fuera tierra adentro y se la llevara con ella, así pudo dejar a su hija los primeros años con sus abuelos, cuidando las propiedades que el patrón dejaba. Lejos de las órdenes y los maltratos, Candelaria sería mucho menos peligrosa para sí misma.



No fue difícil que la niña se encontrara con su árbol, solo tenía que recorrer las tierras de su patrón y en la parte donde todo era más seco estaba su tronador. La primera vez que lo vio, lo que más le gustó fue ver al arbolito al lado de su árbol madre, repleto de guacamayas alrededor. Quizás porque ella no tenía a sus padres cerca, aquella imagen la conmovía. Lo visitaba todos los días, le contaba todo lo que le pasaba por la cabeza y estaba segura de que él la escuchaba. Con él se daba el lujo de soñar con cosas imposibles, por ejemplo, con el amor, que le habían enseñado que para los esclavos era un lujo en el que no podían invertir sus energías. Pero ella creía que era posible, tal vez porque venía de unos padres que se querían de verdad: Candelaria era una niña que se sabía fruto del amor y no del abuso o el carnaval.

Pasaron los años y Candelaria tuvo que seguir los pasos de su madre, siendo joven se despidió de sus abuelos y de su árbol para irse al interior a las otras tierras del patrón. Allí se volvió adulta y cuando recordaba sus sueños al pie del árbol, se extrañaba de esas ideas descabelladas que atribuía al influjo de aquel tronador con el que los indios atontaban a los peces para poder cazarlos.

Después de muchos años de que Candelaria se fuera, su árbol aún la extrañaba. Un día que alimentaba guacamayas pensando en lo mucho que a ella le gustaban, el hombre al que ella le decía dueño apareció con otro, igual de blanco a él, a su lado. Ambos se detuvieron al verlo y el árbol supo que aquel hombre nuevo, que lo miraba con ojos escrutadores, era el amor que Candelaria había estado esperando. Decidió entonces llamar su atención explotando como un trueno sus frutos secos, un espectáculo que para él era tan natural pero que a los hombres siempre fascinaba. Sobre todo a éste, el más curioso de todos, lo vio quedarse con él hasta el atardecer, sintió cómo le arrancaba unas cuantas hojas, una de las espinas de su tronco y un fruto. Todo, sin parar de sonreír, y el árbol pensó que si Candelaria lo viera así sería muy feliz.

Candelaria acababa de tener un hijo del desengaño –como había jurado que nunca iba a tener– cuando al pueblo llegó un amigo que el patrón recomendaba. Un cronista francés al que la esclava, nada más ver, preguntó profesión y nombre, para el asombro de todos y la mala suerte de su espalda. Jean Baptiste –que así se llamaba– apenas contestó para no perjudicar a la mujer que, él ya sabía, sería castigada. Cada vez que se veían de lejos Candelaria y el cronista se quedaban con la imagen del otro todo el día en la cabeza. Ella incluso, por las noches, rosaba las paredes de los muros del solar que a él tanto le gustaban, pensando que en esa caricia al otro día él la encontraba.



Un día, de la casa del francés la llamaron con urgencia, nada más verlo Candelaria casi se desmaya, así estaba su rostro de enrojecido e hinchado. Le habían llamado porque todo aquello se debía a la leche de un árbol que el patrón le había mandado a su amigo desde aquel pueblo que solo ella conocía, en su afán de examinarlo, el señor lo había puesto a hervir y con los vapores se había quemado. Candelaria supo que era su árbol y casi suelta la carcajada, pero se contuvo y se puso a recordar que las guacamayas que se comían los frutos del árbol, después volaban hasta el lecho del río y allí se atragantaban de lodo. Mandó traer entonces de ese lodo, él pidió que ella se quedara para cuidarlo, estuvieron juntos varios días sin que nadie sospechara, pero una noche que un amigo del cronista vino a visitarlo, sorprendió a Candelaria apenas poniéndose el corpiño.

Ya viejos y cogidos de la mano, todavía se ríen de la excusa que tuvieron que inventar, disque que la leche materna era buena para sanar las heridas que un tronador empecinado en algo, puede dejar.

IGNACIO Y EL HIGUERÓN

(Ficus insipida)

Ignacio creía que era de malas, desde pequeño sus hermanos lo molestaban porque era el más feo de todos, la verdad es que al lado de ellos, parecía ser de otra familia. Así que cuando creció, Ignacio era un muchacho inseguro y temeroso, cuando había exámenes en la escuela casi siempre se enfermaba y cuando los muchachos se divertían mostrando quién era más fuerte, siempre se hacía el invisible, lo cual le creó una fama de debilucho que lo persiguió hasta aquel día.

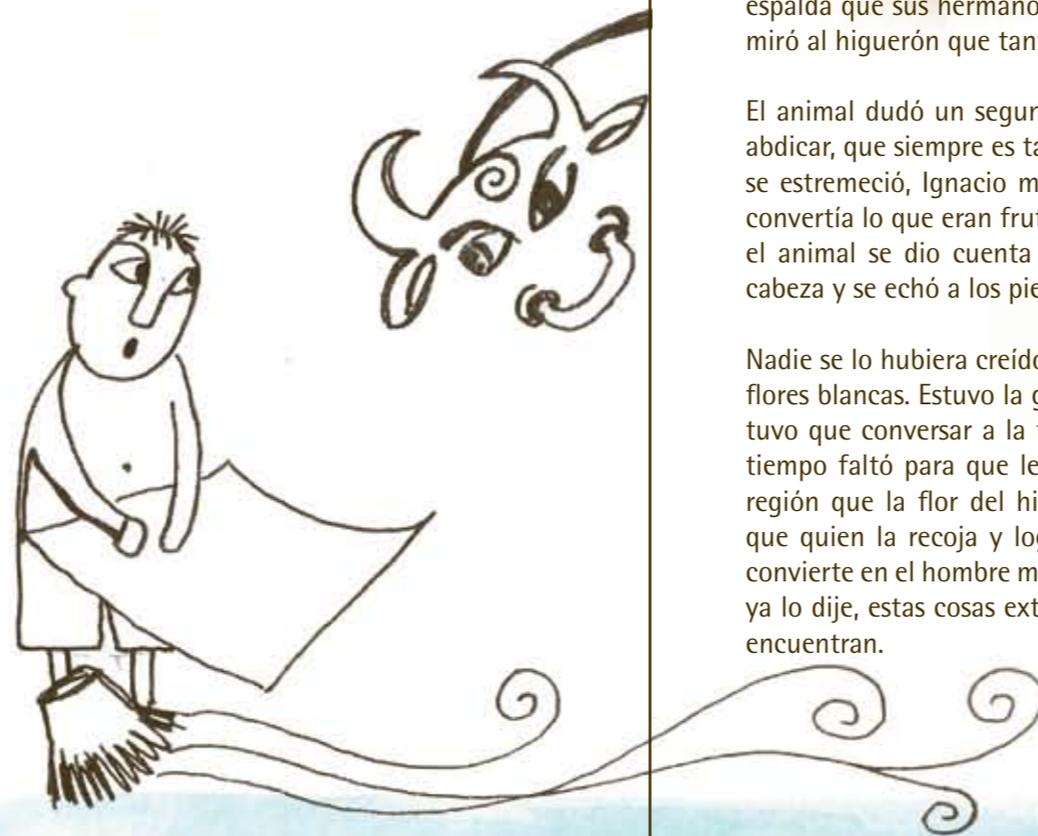
Para lo único que era bueno, según él, era para jugar pirinola y para pescar en el río; faenas que no necesitan compañía, es más, que las desdeñan por inoficiosas. A él le gustaba amanecer junto al río con su atarraya y por una vez en el día sentir frío en aquella tierra demasiado caliente. Ignacio no necesitaba ayuda para pescar, a la mayoría esto le sorprendía, pero él era capaz de encender la hoguera, cocinar, tirar la red, desenredarla cuando se atrancaba y no se aburría esperando solo a que todo terminara.





Ya dije que aquel día a Ignacio le cambió la vida, era un Viernes Santo. Para ser la celebración de la muerte de Jesucristo el pueblo se ponía un poco alegre, todo el mundo disimulaba, pero solo esperaban el final de la procesión para irse a la cantina a beber la tristeza espiritual. No era mentira, pasaba igual cuando alguien moría de verdad, después de las pompas fúnebres, en algún momento, el duelo se convertía en fiesta. Esa noche Ignacio no tenía muchas ganas de intentar socializar, así que después de la procesión del Santo Sepulcro decidió irse a pescar.

No encendió la hoguera porque había luna llena. Hacia la media noche el calor era tan insoportable que Ignacio se tiró al agua para refrescarse, cuando estaba de nuevo en la orilla, poniéndose la ropa, notó una compañía que lo dejó paralizado: un toro enorme lo miraba a los ojos, con evidentes ganas de buscar pelea. A Ignacio solo se le ocurrió coger la sábana blanca sobre la que siempre se acomodaba, más por tratar de esconderse que otra cosa, lo cual fue interpretado por el toro como una invitación al duelo. Hubo varios envites que Ignacio esquivó con unos reflejos de pescador de atarraya que cualquier torero envidiaría, lástima que nadie lo estuviera viendo, alcanzó a pensar Ignacio. En un momento la bestia se parapetó debajo del higuerón en el que Ignacio siempre acampaba, se veía que no tenía ganas de fallar ni una vez más.



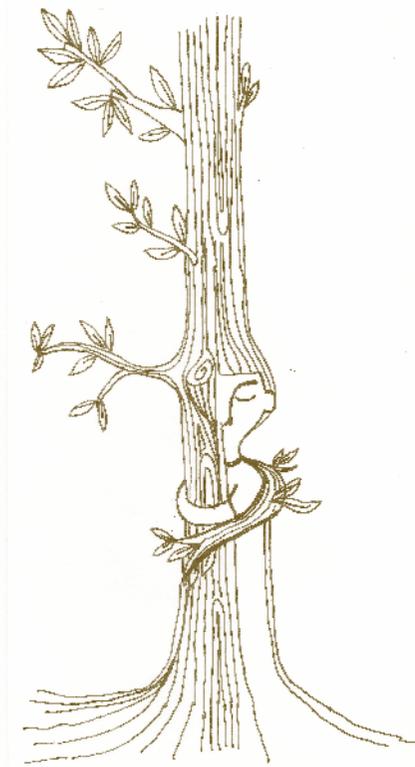
A pesar de la valentía que lo tenía toreando, Ignacio sintió que había llegado su fin, extrañó el abrazo de la mujer que nunca lo había amado, las palmadas en la espalda que sus hermanos le darían si lo vieran toreando así, dejó caer la sábana, miró al higuerón que tanto le gustaba y esperó que el toro lo envistiera.

El animal dudó un segundo, tal vez porque adivinó en el hombre la decisión de abdicar, que siempre es tan desconcertante. En ese momento algo encima de ellos se estremeció, Ignacio miró hacia arriba y vio cómo el árbol que jamás florecía convertía lo que eran frutos en flores blancas que caían despacio delante del toro, el animal se dio cuenta de que algo mágico pasaba porque de pronto bajó la cabeza y se echó a los pies de Ignacio.

Nadie se lo hubiera creído si no fuera porque con él llevaba una sábana repleta de flores blancas. Estuvo la gente en su casa peregrinando toda una semana, Ignacio tuvo que conversar a la fuerza y descubrió que lo hacía bien y le gustaba, poco tiempo faltó para que le llegara su muchacha. Desde ese día se propagó por la región que la flor del higuerón solo cae a la media noche del Viernes Santo y que quien la recoja y logre que el toro que se aparece se tienda a sus pies, se convierte en el hombre más afortunado. Pero eso no volvió a suceder, porque como ya lo dije, estas cosas extraordinarias solo pasan cuando un árbol y su hombre se encuentran.

Este texto tiene dos partes, una imaginaria y la otra informativa. Ambas partieron de la lectura del libro *Fenología reproductiva de las especies forestales nativas presentes en la jurisdicción de Corantioquia. Un paso hacia su conservación* de Martha Ligia Gómez, publicado por la Corporación en 2011. Las historias del cámbulo y el pategallina son la recreación de experiencias reales del equipo del Programa de Conservación; la del tronador parte de la crónica citada en el libro *Árboles, gentes y costumbres* de Luis Enrique Acero Duarte, una publicación de la Universidad Distrital Francisco José de Caldas que también aportó datos para los todos los demás relatos; y por último, la historia del higuerón es la versión libre de una leyenda popular colombiana.

También queremos agradecer a las personas que compartieron sus conocimientos con nosotros y quienes nos hicieron enamorar de cada uno de estos árboles –y de unos cuantos más que no caben en este libro–: Martha Ligia Gómez y Juan Lázaro Toro de Corantioquia, Jaime Diego González de la Fundación Holos y Álvaro Cogollo del Jardín Botánico de Medellín.



Alejandro González Valencia
Director General

Marta Salazar Jaramillo
Asesora de Comunicaciones

Ana Lucía Cárdenas Torres
Textos

María Antonia Pérez Mejía
Diseño e ilustración

Speedy
Impresión

Medellín, Noviembre 2012

Permitida su reproducción parcial
y total con fines pedagógicos.



CUANDO LOS ÁRBOLES Y LOS HOMBRES SE ENCUENTRAN

Casi desde los inicios, Corantioquia ha entendido la conservación como una de sus líneas más importantes de trabajo, por lo cual creó el *Programa de conservación in situ y ex situ de especies forestales nativas de importancia económica y ecológica*. Este programa lleva más de 10 años dedicado a la observación en campo de 106 especies de árboles que crecen en el Departamento de Antioquia, esto significa que a cada individuo señalado se le ha monitoreado una década para definir, con la mayor exactitud posible, todo su proceso vital. Una labor que ha dejado un gran acervo para la ciencia y que ha permitido, entre otras cosas, crear laboratorios de germinación y reproducción de estas especies, incluyendo aquellas que están amenazadas.

Esta publicación es, pues, una invitación a mirar los árboles que nos rodean como seres que desde su particular forma de relacionarse con el entorno, también nos cuentan historias. Y que a partir de la mirada sobre esa maravillosa forma de ser de cada uno, nos atrevamos a construir nuestro propio relato común.



CORANTIOQUIA

Tel: 574-4938888
Cra 65 #44A 32
Medellín, Colombia.

www.corantioquia.gov.co